

Reflexiones sobre cristianos por el socialismo

E.
MIRET
MAGDA
LENA

SOLO pretendo hacer unas reflexiones previas acerca de esta tendencia que se manifiesta en un número creciente de católicos que se inclinan hacia el socialismo científico, el que inició y fundamentó Carlos Marx.

Hora es que los cristianos —sean o no partidarios de esta corriente socialista— reaccionen serena y objetivamente ante ella.

El capitalismo está fracasado humana y cristianamente. Las premisas en que se basa son incompatibles con un sentido satisfactorio para el ser humano y para la fe en el Evangelio. Sus móviles son antagónicos con aquellos que enseñó Jesús, y cuyos continuadores están obligados a seguir.

Algunos Papas de este siglo —aunque de una manera confusa—, en alguna manera lo vislumbraron. El afán morboso de ganancia, el materialismo economicista centrado en el dinero, la lucha competitiva despiadada, la agresividad contra quienes no siguen los egosmos de clase privilegiada, el afán desmedido de poder material, son algunos de estos móviles que llevan a la bancarrota a Occidente.

Tales motivaciones son las que han conducido a nuestro mundo occidental a numerosos callejones sin salida, que no parecen tener solución en una sociedad cuya estructura está basada en una simple suma de egosmos. Y de esta negativa adición nada bueno puede salir.

Por eso, el mismo capitalismo liberal del siglo pasado, que tanta influencia tiene todavía, está inicianando ingeniar salidas que tampoco resultan viables a la larga. Y nos parece a muchos hombres —creyentes o no— que ya no existe más camino que el del socialismo. Un socialismo humanista y democrático, pero firme, que aúne voluntades, inteligencias y esfuerzos en un cometido común del cual el egoísmo esté desterrado.

Hay un número creciente de cristianos que han dejado su fe en la Iglesia y hasta en el cristianismo, desesperanzados como están por una institución que se aferra anacrónicamente al pasado y no abre perspectivas de futuro. Pero hay otros que tienen todavía —a pesar de todo— una esperanza en el Evangelio como motor íntimo de sus conciencias en el plano individual y social. Motor que les lleva a no encerrarse en su "almario" de evasiones espirituales, sino a abrirse hacia los demás en una inquietud que no se conforme con la reforma de los individuos, sino que quiera también, desde el primer momento, una transformación radical de la sociedad.

Estos cristianos creen en una sociedad

más justa, y piensan que esta sociedad no puede ser nada más que una sociedad socialista. Aquella que muchos ven inspirada en Marx, sin dogmatismos papanatis —a los que tan acostumbrados hemos estado los creyentes—, sino con aquella seriedad que acepta las líneas fundamentales de este transformador social y de su método.

Esta es la realidad con la cual tienen que contar los obispos del mundo entero, y también los españoles. No pueden seguir esgrimiendo sus aceradas flechas doctrinales atacando a unos pretendidos gigantes que confunden con inocentes molinos de viento, como hacía Don Quijote. Ni pueden seguir desempolvando antiguas condenaciones desfasadas e injustas; ni tampoco pueden calificar de anticientífico lo que no conocen bien, como hacía recientemente un arzobispo español, que, con ingenuidad manifiesta, confesaba, al mismo tiempo que esa calificación, su relativo desconocimiento de la actualidad marxista, atreviéndose —eso sí— a declararla anticientífica. Es el mismo procedimiento que usan los niños cuando contemplan la televisión: no saben analizar ni los personajes que salen en la pantalla ni sus actitudes; sólo saben clasificarlos en forma simplista en buenos y malos sin más. Es lo que hacen también otros que ya no son niños en edad, pero que usan de esas clasificaciones y calificativos someros y tajantes cuando no les convence una cosa por otros motivos. Y, en este caso, olvidan que precisamente el marxismo, en sus mejores vertientes, está demostrando ser una ciencia del hombre y de la sociedad digna de todo respeto, se acepte del todo o no se acepte.

Hace unos dos meses se presentó en Madrid el movimiento Cristianos por el Socialismo, que hasta hace poco no había podido manifestarse a la luz pública ni civil ni eclesiásticamente. La única lástima es que aquel acto no tuvo la resonancia pública que debía haber tenido. Pero lo mismo los obispos que los ciudadanos todos de nuestro país debían haber conocido mejor esta corriente social.

Los obispos en concreto tienen ante sí un grave problema: el de estos socialistas que son cristianos auténticos y coherentes en la práctica de sus vidas su fe en el Evangelio y en Marx. Este es un hecho nuevo que difícilmente puede ser combatido solamente con razones doctrinales de tipo académico, como acostumbra a hacer la jerarquía católica. Los obispos tendrían que recoger este reto vital de estos cristianos, y no contentarse con usar frases tajantes acerca de los males que

comporta, según ellos, tal actitud. Males que muchas veces están sólo en la imaginación de estos jerarcas, porque la vida de tales cristianos demuestra que su pretendida maldad es sólo una nieblecilla sin consistencia real.

En aquella mesa redonda madrileña donde se presentaron los Cristianos por el Socialismo, nos juntábamos tres grupos de personas distintas: responsables políticos de inspiración marxista, miembros del citado movimiento y un católico independiente (aunque de orientación semejante a la de estos cristianos), que era yo mismo.

Las preguntas que se hicieron fueron expresivas de que existen problemas, como en todas las cosas, pero que estos problemas se encuentran ya orientados por la vida misma de estos creyentes, y que —por tanto— a nivel doctrinal tienen que tener una solución, que hemos de encontrar entre todos, pues la vida real de esos cristianos demuestra ya existencialmente que tiene que haber una solución.

Cuatro problemas —entre otros varios— salieron allí a relucir, y son: 1) el problema del ateísmo; 2) el planteamiento del materialismo histórico y de la dialéctica marxista; 3) el peligro de un nuevo clericalismo de izquierdas, y 4) la posible confusión con un partido cristiano.

Cuatro problemas que, como digo, tienen ya un cauce de solución vital, pero que también hemos de abordar con seriedad doctrinal para no caer en posibles ingenuidades.

Lo que no puede aceptarse es o el silencio de la jerarquía o su condenación apriorista. Ni una ni otra postura son suficientemente serias en lo humano, ni adecuadamente cristianas. Lo que haría falta es que la jerarquía católica, ante el futuro político de Italia, de Francia y de España, se plantease la realidad de estos católicos que, social y humanamente, se inspiran en el marxismo humanista como realidad doctrinal y social del mundo futuro. Y debe plantearse esa realidad sin caer en la tentación de la condena, sino con comprensión propia de la herencia evangélica que pretende representar esta jerarquía.

Lo demás serán palabras que se llevará, un día u otro, el viento. ■